

Aquellos tiempos del On-Bide

Felipe Gurruchaga



Escribo para refrescar recuerdos.

Dos cines: el Reina y el On-Bide se repartían la clientela de todo el pueblo. Pero el On-Bide era un poco nuestro, mejor dicho, era de los curas. No sé qué grado de propiedad o contrato existía entre ellos. Ni lo sé, ni importa en este momento. Pero lo cierto es que los Luises, la Acción Católica y no sé quiénes más teníamos algo que ver en cuanto a disponer del salón.

Yo, desde que hice de “mozo de campo y cuadra” en “La Casa de Quirós”, obra teatral de Carlos Arniches, me enganché al teatro. Me enseñó Luis Busselo a pintar decoraciones y en esta obra

pinté dos decorados: el patio de una casa de campo y un salón.

Solíamos poner dos o quizás tres obras al año. Y como había hambre de risas todas las obras que representábamos eran cómicas y cuanto más disparatadas fuesen nuestras caracterizaciones más disfrutaban los espectadores.

Era más que divertido, divertidísimo. Como en los programas de mano aparecía el Reparto, desde el escenario veíamos al público cuchicheando con él o la de al lado, seguramente diciéndole quién era quién. Pues la calva o peluca, ropajes, polvos de talco, bigotes y pintura del personaje no eran capaces de ocultar a la persona. Xavier Olascoaga hacía el indefectible viejo. Antontxu Saiz de protagonista.



Sentados de izquierda a derecha: Jesusa Aguirreurreta “Susi”, M^a José Sánchez, Iziar Ayerdi, Puri Gutiérrez, Pilar Guerra, Luis M^a Bereciartúa. Detrás Pepi Franco y Ana M^a Adarraga. De pie: José Boticario “Boti”, Juan García “Juanito”, Luis Busselo, Mercedes Torrecilla, D. José Luis Lecuona, Felipe Gurruchaga, María Asun Busselo, Santamarta. Última fila: José Antonio Ochoa, Ricardo Villarreal, Teodoro Urcola, Yokin Sáez, Francisco Arizcuren, y José Antonio Lasa. Sentado en el suelo: el peque. Foto de 1953-54.

Arantxa Arruabarrena era "la chica", Pepe Pérez y Agapi Arruebarrena eran los mejores cómicos, la espléndida Eusebi Elorza, la chica guapa, Inaxito Albisu especialista en mantener conversaciones mudas (gesticulando mientras "rezaba" el Padre Nuestro). Y así entre una decoración y otra, un personaje y otro, fui recorriendo los mejores años de mi vida en aquel pueblo que entonces se llamaba Rentería y en una época en que la televisión no existía.

Como sucede de forma natural todos fuimos creciendo y a los mayores fuimos sustituyéndolos un grupo de jóvenes. Con D. Felipe Barandiarán se rompió el tabú de los teatros de chicos y chicas por separado. Porque durante años hubo una editorial que se especializó en adaptar las obras teatrales bien para solo chicos o solo chicas. Se compraban los libretos así adaptados en San Sebastián.

Y como he dicho que íbamos creciendo pues llegó el día en que los jóvenes decidimos montar "Cuatro corazones con freno y marcha atrás", de Jardiel Poncela.

Y allí estuvimos todos los que detallo en la foto de grupo. Desde D. José Luis hasta un chaval cuyo nombre siento no recordar.

Y ahora voy a contar un secreto, que lo sabe mucha gente pero, aunque sabido, era secreto. Para nosotros, para Luis Busselo y para mí, la cueva de las maravillas era el escenario. Aquel fabuloso lugar en el que siempre se descubría un misterio, una emoción nueva, una idea. Era como un laboratorio

mágico y real al mismo tiempo. Imagináoslo: un gran espacio cerrado por tres lados, cuyo cuarto era el telón. El telón que separaba lo real de la ficción que cada día que pasaba se iba haciendo más real y el cosquilleo interior iba aumentando hasta llegar la fecha del estreno.

Pero si divago no cuento el secreto. Durante las semanas que duraba la ejecución de los decorados, el telón estaba recogido y en su lugar lo que nos separaba del patio de butacas era una tela, blanca y tersa, escoltada a derecha e izquierda por dos gigantescos caracoles cuadrados que eran los altavoces de entonces. Y allí nos quedábamos a veces a ver la película. Dejábamos de pintar. Apagábamos la luz del escenario y veíamos la peli del revés. Pero qué emoción suponía el permanecer allí escondidos detrás de aquellos personajes gigantescos que parecían más nuestros y a los que podíamos tocar y sin pagar la entrada, rodeados de las cuerdas y poleas que sujetaban las bambalinas.

En la planta más alta del On-Bide vivía D. José Luis Lecuona, con "la Pura" y su hijo Guillermo, sin erre. Cuántos sermones de la Pura teníamos que soportar cada vez que íbamos a pedir la llave del escenario, ya que siempre interrumpíamos la siesta de Don Joe, como algunos le llamábamos. Fuéramos a la hora que fuésemos, "está en la siesta" nos gritaba la Pura. Tengo ahora la sensación de que la siesta de D. José Luis, debía de ser como un estado de hibernación de doce meses. Menos mal que, una vez despierto, lucía siempre una magnífica y bonachona sonrisa.



El disparo.

Sonreía siempre, menos la vez que representamos “Cuatro corazones”. La acción se desarrollaba en una isla supuestamente desierta, donde conseguían llegar los naufragos de un trasatlántico. Y era supuestamente desierta hasta que apareció un anciano con una barba larguísima, Atajú, se llamaba según él. Lo representaba “Boti”, a quien una vez caracterizado no lo conocíamos ni nosotros.

Y en aquella isla representábamos una escena en la que yo disparaba sobre un ave que caía fulminada a mis pies.

A falta de aves exóticas, habíamos comprado el gallo más magnífico que encontramos en la plaza. Y la verdad que era un ejemplar de concurso, espléndida cresta, preciosas plumas, magnífica cola y respetable tamaño. Como en aquellos tiempos carecíamos de los hoy llamados “efectos especiales”, a lo que más llegamos fue a cargar una escopeta con cartuchos sin perdigones. Cuando salió el fogonazo y, aunque el encargado de lanzar el ave lo hizo lo mejor que pudo, no salió bien. De hecho tampoco había salido bien en ningún ensayo. Lógicamente el público se rió viendo caer aquel nada exótico plumífero que hizo una extraña curva en el aire, primero ligeramente ascendente con las alas encogidas e inmediatamente cayendo a plomo en la misma postura. Vamos, que el gallo que estaba muerto desde la mañana de aquel día, hizo su papel perfectamente.

Pues bien, recogido el gallo y delicadamente depositado como un tesoro, rodeado de los que no estaban en escena tras los decorados, comenzó nuestro consiliario un continuo paseo arriba y abajo sin quitar ojo ni al gallo ni a cuantas personas lo rodeaban hasta que yo, el cazador, que en aquella obra llevaba la voz cantante, terminé mi escena. Y en cuando salí se me acerca D. José Luis y me espeta con su más encantadora sonrisa ¿Qué vais a hacer con el gallo? Y yo con el mayor candor que pude y sabor del resto del papel que aún le quedaba al gallo, le contesté lo que menos se figuraba: “Pues comerlo mañana entre todos”.

Hay que recordar que, en aquellos tiempos de escasez, se iba al “Panier” tras ahorrar unos meses y uno de los platos preferidos era “Pollo”. Supongo que le estropeamos el banquete a D. José Luis, pero la juventud siempre ha tenido más apetito. Y éramos un nutrido grupo de actores y actrices que también nos habíamos ganado una buena comida.

En aquella obra se formaron parejas. Eso en el pueblo tenía mucho morbo o encanto, según el cristal de los que miraran: José Antonio Lasa y... “Susi” para nosotros, Paco Arizcuren y Pilar Guerra. En aquella ocasión, los decorados los alquilamos en “Casa Angelita” entonces en un piso en la calle Miracruz de Donosti y hoy sus sucesores en un bajo comercial en la calle José Arana de Gros. Aprendimos cómo hacer un decorado de selva tropical recortando la vegetación y pegándola sobre una red. Pelucas, barbas y una caja de maquillaje que me fascinó tanto que luego siempre he tenido una para carnavales y algunas películas. Elegantes vestidos y uniformes. Todo nos lo alquilaba “Casa Angelita”.

El pintar los decorados nos producía una curiosa excitación. Comprábamos las pinturas en polvo en la Droguería Echebeste en calle Viteri; y luego los mezclábamos con agua y cola Hoz. Había que pintar varias tiras con distinta cantidad de colorante, pues al secarse los colores palidecían muchísimo. Los carpinteros, Eugenio Oyarbide y Javier Imaz, profesionales de obra, montaban todos los armazones en un par de días, los sujetaban con charranchas y los cambiaban en un santiamén. Ver la decoración levantada era crear algo siempre emocionante. Nos permitía hacer el “ensayo final”.

Los días de función en nuestras casas era la debacle. Desde muebles, cojines o colchas, cacharros o ropas, herramientas y toda clase de complementos necesarios para la función, desaparecían con la misma rapidez que aparecían en el escenario.

¡Qué tiempos aquellos del On-Bide!



El gallo.